
CONSERVACION, CONCIENCIA DE LA CIENCIA*

BERNARDO VILLA R.

* Discurso inaugural por el Vicepresidente de la Sociedad en 1961.

Al iniciar con esta sesión el 25avo. año de labores de nuestra Sociedad Mexicana de Historia Natural, para cumplir con la grata, aunque no fácil tradicional práctica de que en ocasiones como esta, el Vicepresidente de la Corporación pronuncie el discurso inaugural correspondiente, me ha parecido pertinente referirme a un asunto que siendo tan obvio, o quizá precisamente por serlo no deja de ser un tema de imperecedera actualidad.

En efecto, nos encontramos en una etapa de la civilización, que bien pudiera decirse de ella que es la edad del poderío. Vivimos rodeados por el poder, algunas veces parece que estamos en peligro de ser anonadados por el poder, o para decirlo mejor, por los propósitos para los cuales es usado el poder, este poder que ahora se proyecta hacia la conquista de los mundos siderales y que indiscutiblemente es producto de la ciencia aunque para decirlo de una vez, los propósitos sean del hombre y solamente del hombre. La ciencia, como sabemos, porque se ha dicho repetidamente tiene como finalidad la búsqueda de los hechos. Ella no asume ninguna responsabilidad por la forma en que sean usados sus hallazgos, no obstante que algunos han querido ver, precisamente en ello, su más extraordinaria debilidad, acusándole de ser la archienemiga de la moral y de la religión. Por supuesto tales puntos de vista apenas pueden ser tomados en cuenta, pues no es la ciencia la que decide, en última instancia, si sus hallazgos van a ser usados hacia finalidades constructivas o de destrucción. Esto lo decide el hombre que hace uso de los hechos descubiertos por la ciencia, el poder que es una de sus manifestaciones, es dirigido por las determinaciones nacidas de sus propósitos y deseos

Son estos propósitos más bien que la ciencia misma, bien lo sabemos, los que pueden entrar, o entran en conflicto, con la moral y la religión. La ciencia ha descubierto o ha perfeccionado muchos poderes y muchos aparatos y máquinas, bien para beneficio o bien para daño del hombre, pero de acuerdo con el modo en que sean usados por éste. La comprensión de esta verdad sobrecoge de temor algunas veces. Por lo menos me aterroriza a mí. Me sucede por ejemplo, cuando veo a un automóvil correr raudo por el oscuro lomo de una carretera, al comprender que si su poder puede utilizarse para transportar, puede también destruir según los propósitos del conductor. Igualmente, me asalta la misma sensación cuando veo que el poder de un bulldozer puede ser usado para abrir un dique de irrigación o para nivelar un terreno, así como para destruir la cubierta de suelo de una parcela donde algún agricultor podría obtener algunas mazorcas más de maíz, un poco o un mucho más de cosecha.

Jamás puedo ver la estela de gas de un avión de propulsión a chorro surcando la inmensa claridad del cielo sin preguntarme si algún día, una estela semejante pueda ser el heraldo que anuncie la destrucción de nuestras ciudades. Ello depende con seguridad del piloto que dirige el aeroplano y su potente carga.

Pero esto, en suma, no puede significar, ni ser temor a la ciencia, no, esta es una aprehensión más bien contra los propósitos por los que el hombre puede usar el poder, una aprehensión por aquello que la historia de la humanidad nada tiene de atenuante en sus páginas.

Pero si todos los hombres estuvieran animados del espíritu conservacionista, nadie sobre la faz de la tierra sentiría esta sensación de temor e inseguridad. Y si, además todos los hombres que ocupan posiciones clave en la Sociedad fueran conservacionistas, en el más alto y puro significado de esta palabra, tampoco se sentiría esta sensación universal de temor y de inseguridad que ahora nos oprime. Porque como se ha dicho, el propósito de la conservación es que la ciencia sea usada constructivamente, no para el despilfarro o para la destrucción. La conservación, como doctrina, a diferencia de algunas filosofías morales, no es opuesta a la ciencia. Por el contrario, la conservación comprende en sí misma a todas las ciencias y añade a todas ellas el propósito por largo tiempo esperado de finalidades constructivas.

En este sentido, la conservación debiera significar la conciencia de la ciencia. La pequeña, la tenue y profunda voz que dirigiera los hallazgos de la ciencia hacia el bienestar del género humano.

En los actuales momentos, esta quieta y pequeña voz es, ciertamente, aún diminuta, es demasiado pequeña para ser escuchada por oídos llenos con la estruendosa y dominante voz del poder y la metálica sonoridad de máquinas y hierros.

Es de esperarse, sin embargo, que algún día sea oída. Sólo sería de temerse que antes que la ahora pequeña y débil voz de la conservación sea oída por el mayor número de hombres, la voz del poder tenga que ser acallada por el alarido y las lamentaciones del hombre, las enfermedades y la miseria.

Pero si la mayoría de nosotros habla de la conservación cada vez más intensa y convincentemente, no será realidad esta sospecha. Si podemos hacernos oír por sobre la ahora prepotente voz del poder, podremos tener una ciencia conservacionista dirigida a finalidades constructivas. Si podemos proceder en esta forma, el futuro puede ser promisorio de bienandanza y no de temores, habrá en el horizonte universal, las nubes cargadas de temores al hambre, a la miseria y a las enfermedades.

Sé de cierto que esta definición ahora propuesta para la conservación tiene un papel quizá demasiado amplio y de la mayor responsabilidad como nunca la ha tenido. Pero también sé como lo saben ustedes, señoras y señores que es cada vez más imperativo que este papel sea en realidad, puesto en práctica, que solamente una nación con variados y abundantes recursos usados constructivamente puede permanecer sana e independiente; que solamente una nación vigorosa y progresiva puede resistir sin menoscabo los embates de las enfermedades físicas, morales o políticas que florecen mejor en una atmósfera de ansiedad y de temores.

Sé también, como lo sabemos todos, que la conservación no puede llevar a cabo las esperanzas de mantener a un país armónicamente fuerte, si éste se contenta con permanecer indiferente ante la explotación incontrolada de sus recursos básicos.

Pero supongamos que no es de aceptarse el concepto de conservación como la conciencia de la ciencia: ¿Cuáles son las otras posibilidades?

Yo puedo ver tres alternativas:

Primera: que la conservación puede ser un tema que motive la formación de una especie de club deportivo en el que sus miembros se agruparan para obtener, digamos más caza o más pesca o para satisfacer, tal vez, el justo deseo de permanecer en un puesto notorio, de hacerse publicidad y de lograr mejores posiciones sociales.

Segunda: que la conservación sea realmente un frente detrás del cual la explotación pueda hacerse más eficientemente, con menos interferencia.

Tercera: que la conservación sea en definitiva la máscara de la más abominable podredumbre.

No creo que estas alternativas definan el potencial del concepto de conservación. Las menciono sólo para hacer resaltar con énfasis el punto de vista del concepto de conservación como la conciencia de la ciencia; como el único, seguro e imperativo.

Pero si esto no es cierto—si la conservación no se puede medir con este elevado concepto, u otro igualmente amplio y constructivo—entonces, tarde o temprano, una de estas penosas alternativas deberá ser aplicada.

Y entonces, ¿cuál será el premio que merezca la conservación, los hombres de ciencia, nuestro continente y nuestro pueblo? Para una nación dedicada a la explotación irracional sólo hay un fin; un fin escrito ya una y otra vez en las amargas páginas de la historia y que podemos leer en las ruinas elocuentes de Yucatán y de otras regiones de la tierra. Es el fin inexorable, determinado lo mismo para el individuo que para el grupo o para la nación que derrocha los poderes tremendos de la ciencia y de los recursos naturales de los que depende, en usos carentes de la moral directriz hacia propósitos constructivos. Es el inevitable fin al que se está en posibilidad de llegar en México si permitimos que la quieta, pequeña voz de la conservación permanezca tan pequeña y tan quieta.